

y bendecirla, debéis aspirar á la gloria de imitarla, pues á vosotras os la da el Señor por modelo al mismo tiempo que por patrona y abogada. Imitad su fe, su confianza, su fervor en la oración; imitad su espíritu de sacrificio, su generosidad y constancia para inmolarse á cada instante por la salvación de su hijo; y, no lo dudéis, también vosotras mereceréis ser atendidas del Padre de las misericordias; y, logrando el supremo anhelo de toda madre, la felicidad de vuestros hijos, labraréis juntamente vuestra propia y verdadera felicidad en esta vida y en la eterna, según la indefectible sentencia del Apóstol: *Salvaráse la mujer por medio de los hijos, con tal que persevere en la fe y la caridad, y se santifique por la templanza y la mortificación*¹. Es la gracia que á todas os deseo, etc.

PANEGÍRICO DE SAN PEDRO CLAVER

(predicado en su iglesia, en Cartagena, Col., septiembre de 1901).

El Apóstol santificado por la caridad.

Maiores caritatem nemo habet, quam ut animam suam ponat...

Nadie tiene amor más grande, que el que da su vida...

10. 15. 13.

1. ¡Día eternamente memorable en los anales de la Heroica², el 8 de septiembre de 1654! Trasladámonos con la imaginación á aquella fecha, doscientos y cincuenta años distante de nosotros. Las muchedumbres de toda clase, edad y condición social se agolpan en las calles

¹ 1 Tim. 2, 14.

² Título decretado á la ciudad de Cartagena.

y plazas contiguas á este mismo templo donde estamos ahora reunidos, ¡en cuán distinto número! El entusiasmo que despiertan las grandes causas, la religión — la mayor de todas —, mal reprimido por el dolor y la consternación, se ve pintado en todos los semblantes, se desborda de los corazones, pone en confuso movimiento á millares de hombres, mujeres y niños que entran, salen, se atropellan sin casi saber por qué avanzan ni por qué retroceden... ¿Qué sucede, pues, señores? ¿qué pasa en ese día que así trae agitada á la rica y comercial Cartagena? ¿Quién no lo sabe, si á gritos lo publican las lenguas de todos? «¡El Santo ha muerto!» dicen, «¡ha muerto el Padre Claver! ¡hemos perdido á nuestro Padre!» Sí, todos á una, pobres y ricos, lloran á lágrima viva la muerte del varón santo á quien por tal aclaman todos, porque todos lo han visto, porque la santidad de Claver saltaba á los ojos, era de bulto, no podía esconderse ni aun entre las nieblas de su humildad profunda. Y ¿qué han visto en el Padre Claver esos millares de ojos que hoy le lloran? ¿qué ha visto Cartagena durante largos cuarenta años? Ha sido testigo y aun objeto de una caridad sin límites, de una caridad incomparable, de una caridad enaltecida por el cielo con estupendos milagros. Esto ha visto, y es bastante para la aclamación popular de la santidad del fiel imitador de Cristo, que ha bajado á la tumba, ¿qué digo, cristianos? que ha subido á los altares.

2. Sí, Cartagena no se equivocaba al canonizar por aclamación universal á su Apóstol, porque dos siglos más tarde la voz infalible de la Cátedra de Pedro lo había de hacer solemnemente, autorizándonos para tributarle culto de dulía é implorar su intercesión cerca del Todopoderoso. La memoria de Claver vive fresca

y floreciente en todos los ángulos de la tierra dondequiera que existe una congregación cristiana; y nosotros justamente nos gloriamos de ser dueños del más rico tesoro que poseyó jamás este antiguo emporio del comercio colonial, el de sus sagrados despojos guardados en magnífico sarcófago, tesoro que con razón nos envidian tantas otras ciudades del nuevo y del viejo continente. Tampoco se equivocaba el criterio popular cristiano al atribuir la santidad del Padre de los pobres á su caridad, la más sobresaliente de todas sus virtudes; porque, en efecto, la caridad encerraba todas, y era, sin disputa, la luz que bañaba el venerable rostro del bendito misionero, la aureola que irradiaba en torno de su frente, así como era el móvil de todas sus acciones y el principio de su invencible fortaleza en el bien.

La Iglesia nos lo dice bien claro en la colecta de la Misa del Santo: Dios decretó llamar al conocimiento de su santo nombre á una raza numerosa de africanos arrastrados por la codicia á la esclavitud, y traídos á estas mismas playas para cargarlos de todo el peso del trabajo agrícola. Para realizar este plan misericordioso necesitaba Dios un hombre, personificación de la caridad divina, y éste lo tuvo en Claver: *Mira in eis (nigris) iuvandis caritate et patientia roborasti*. ¿Necesitamos discurrir más para trazar el carácter nobilísimo de la santidad de Claver? ¿Podremos dudar que fué la caridad la que santificó al egregio Apóstol, al Javier del Nuevo Mundo! Pues entonces, que proclame en este día nuestra humilde voz, desde lo alto de esta cátedra, la alteza incomparable de la caridad de San Pedro Claver, de aquel que no dudó exponer su vida á todos los peligros por los que llamó sus amigos, sus hijos, los míseros esclavos africanos: *Maiorem caritatem nemo habet*, etc.

Porque, en efecto, fué la caridad la luz que descubrió á nuestro Santo, desde sus primeros años de religión, la senda de su vocación especial, y le esforzó para abrazarla; la caridad fué la que luego le revistió de fortaleza, armándole con todas las virtudes, para desempeñar su misión fidelísimamente; fué, en fin, la caridad la que coronó de gloria inmarcesible su brillante apostolado.

Para que este elogio del insigne Apóstol de Cartagena ceda á mayor gloria del Dios de caridad y la encienda en nuestras almas, ayudadme á implorar los auxilios del cielo, saludando á María, madre de la hermosa caridad. *Ave María*.

I.

3. Es la vocación, hermanos míos en el Señor, una de aquellas verdades á que pudieran aplicarse las palabras de la Verdad Eterna á San Pedro: *Ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos*¹. La vocación verdadera no suele descubrirla el hombre á la luz del amor propio, sino al resplandor de la caridad. ¿Quién sino ésta pudo descorrer á los ojos de Claver la misión especialísima á que era destinado, como lo fué Pablo á la conversión de los gentiles? Guiado por el amor propio, aun resuelto á consagrarse todo al servicio de Dios, habría escogido otro género de vida, dentro de la misma religión, menos penoso, menos erizado de fatigas que el rudo apostolado de la raza etiópica, en un clima tropical de los más ardorosos y rodeado de tales dificultades que exigían para su desempeño fortaleza heroica

¹ Matth. 16, 17.

y abnegación sin límites. Pero ¡cuán otras son las inspiraciones de la caridad que iluminan á Pedro Claver! Encendido ya desde su tierna juventud, á la entrada en la Compañía de Jesús, en santos incendios de amor á Jesucristo y á los prójimos por Dios, no buscando desde entonces sus propios intereses sino únicamente la gloria del Criador, su pensamiento y su corazón se lanzaban á lo más grande, más arduo y más costoso entre los muchos ministerios que tenía á su elección; cuales son los múltiples que abraza el instituto de nuestra Compañía: Enseñar á los niños, predicar á los católicos, evangelizar á los gentiles, asistir á los enfermos, y ayudar de todos modos á la salvación de las almas. Y entre todos escoge la evangelización de los míseros esclavos, allá en ciudad remota, lejos de la patria, en la tierra nuevamente descubierta de América, en el emporio del comercio y de la riqueza colonial de España, Cartagena de Indias en el Nuevo Reino de Granada. El generoso Apóstol de los negros quisiera volar á Asia ó África, y allí convertir para Dios las tribus y naciones salvajes que pueblan aquellos continentes dominados por la más brutal superstición; pero, ya que no le sea dado realizar tales propósitos, como le fué concedido á su modelo, el gran Javier, Dios se encargará de trasladarle el África á las playas de Cartagena, trayéndole en cuarenta años obra de cuatrocientos mil esclavos de toda edad y sexo, para que él los catequice uno por uno, hasta tornarlos hijos de Dios y hermanos de Jesucristo, bañándolos por sus propias manos en las aguas del bautismo.

4. ¡Gran misión ésta, hermanos míos! «¡Gran cosa! ¡Gran cosa! ¡Bautizar negros!» exclamó el mismo Santo al transmitir su ministerio pocos días antes de su muerte,

á su sucesor, el ex-predicador de Su Majestad, P. Diego Ramírez de Fariña. Gran cosa es, en efecto, cooperar con Dios en la obra más divina de la salvación de las almas, según la conocida sentencia atribuída á San Dionisio; mas en esta empresa había algo de muy especial que acrecentaba su grandeza, y era servir de instrumento é intérprete de una vocación hecha por el mismo Dios á la más desgraciada porción de la humana familia, á la raza de Canaán. Llegada era la hora en que la misericordia del Padre celestial quería traer al conocimiento de su nombre á estas infelices gentes reducidas por la feroz codicia á la dura condición de esclavos: *abreptos in servitute nigras ad agnitionem tui nominis vocaturus*, que dice la Iglesia. Y al tiempo que los convidaba al goce de la luz y de la redención, llamaba también á Claver á servirle de auxiliar eficaz y poderoso para llevar á cabo sus planes de infinita caridad. ¿No veis, pues, amados fieles, cómo la caridad solamente podía ser la inspiradora de esta vocación en la mente de Claver? La caridad que, al acabar de pronunciar sus primeros votos de religión, le hacía escribir: «Hasta la muerte me he de consagrar al servicio de Dios, haciendo cuenta que soy como un esclavo que todo su empleo ha de ser en servicio de su amo», esa misma le hace consagrarse en calidad de esclavo al servicio de la raza destinada á penosa esclavitud entre los pueblos cristianos.

Esta vocación va adquiriendo cada día más firmeza en el pecho de nuestro Santo, á medida que va avanzando en la doble senda de la ciencia natural y de las ilustraciones sobrenaturales, á poder de estudio y de oración. En Palma de Mallorca, donde hace la mayor parte de sus estudios, sus progresos en la virtud son

gigantescos, guiado y alentado por el gran maestro de espíritu, San Alonso Rodríguez, á cuya dirección le entrega la divina Providencia, queriendo, sin duda, por este camino asociar al humilde Alonso á las glorias del infatigable Claver. El iluminado Hermano llega á señalarle el puesto á que Dios le destina en América, después que en un arrobamiento vió la silla celestial preparada para su discípulo por las innumerables almas que en las Indias había de ganar á Dios con sus trabajos. Decíale llorando con ternura: «¡Oh hermano mío de mi alma! si el celo de la gloria de Dios le come las entrañas, vaya á las Indias á salvar tantas almas como allí se pierden.» ¿Qué más acicates necesitaba la caridad del joven jesuita para abrazar la vocación de ganar almas á Jesucristo en las Indias? Pidió, pues, en el acto, y no tardó en obtener de los superiores, el permiso de venir á esta nuestra tierra querida; permiso que, poniéndole de manifiesto la voluntad divina, fué recibido por el futuro Apóstol de Cartagena con inefables transportes de júbilo. Ya no anhela sino ver cumplidos sus ardientes deseos, haciéndosele largos los días que aún tiene que detenerse en Europa, la que, al darse á la vela en las aguas de Sevilla, olvida para siempre, volviendo la espalda á patria, hogar, comodidades y ventajas de la vida, por dar la suya en favor de sus hermanos, inmolado en aras de la caridad.

5. Vedle ya, carísimos oyentes, terminado con aplauso sus estudios, vuelto del interior del país, residiendo de fijo en esta ciudad de Cartagena, á punto de dar principio en toda forma á las faenas de su admirable apostolado. ¿Quién le imprime, por decirlo así, el último impulso? Como el gigante que va á lanzarse á la carrera sube á una alta cumbre, así Claver se lanza desde las

alturas del cielo del amor divino, celebrando por vez primera el santo sacrificio aquí mismo, en esta iglesia, en las aras de la Virgen del Milagro, pero con un fervor de serafín, que le inundaba de celestiales delicias, ardiéndole el pecho en el fuego de la caridad. ¿No fué entonces cuando, descubierto clarísimamente á la luz de este fuego el género de apostolado á que Dios le destinaba, se ofreció con generosidad insigne á todo linaje de sacrificios y fatigas por desempeñarlo dignamente? Y, cuando seis años más tarde consumaba su oblación, por la solemne profesión de cuatro votos, ¿cómo abrazó de nuevo y para siempre la misión cuyas penalidades conocía ya por la experiencia, escribiendo al pie de la fórmula estas sublimes palabras: *Petrus, Æthiopum semper servus*: Pedro Claver, perpetuo esclavo de los negros! ¿Por qué tanta generosidad, tanto heroísmo sino por corresponder al amor de aquel Señor que, para redimirnos de la esclavitud del demonio, no vaciló en tomar forma de siervo?¹

No lo dudéis, pues, oyentes míos: la caridad fué la antorcha que descubrió á Claver su gloriosa vocación; que no pudo ser otra la virtud que lo llenó de fortaleza, escudándolo con toda suerte de virtudes, para desempeñarla á maravilla, como vais á ver en la segunda parte, la más importante de mi discurso.

II.

6. El problema que tenía que resolver nuestro misionero era de lo más arduo y difícil que podía presentarse en este género: la catequización de millares de bárbaros, efectuada en pocos días, para disponerlos á

¹ Phil. 2, 7.

recibir el bautismo. Era preciso hacer de aquellos hombres embrutecidos (si hombres podían llamarse en aquel estado), nacidos y crecidos en la ferocidad africana, catecúmenos primero, y en seguida cristianos, como por encanto, con suma brevedad, porque la codicia de los dueños de aquella humana mercancía no daba lugar á dilaciones perjudiciales, según ellos, á sus intereses. ¡Gracias á que, con algún detrimento de su temporal ganancia, consintieran aquellos amos, al fin católicos, por lo menos en el nombre, en conceder algunos días á la cristianización de sus esclavos antes de llevarlos á trabajar en las haciendas del campo! Pedro Claver, un hombre solo, apenas ayudado de algunos intérpretes, había de bautizar tantos centenares y aun millares de negros bozales, después de bien instruídos en las verdades de la fe católica y de preparados con el deseo sincero de recibir la Ley de Jesucristo. ¿Era esto posible, humanamente hablando? ¿no se necesitaba obrar en aquellas gentes una transformación sobrenatural completa, haciendo luz en las tinieblas de inteligencias estúpidas, é infundiendo vida espiritual en corazones aletargados y muertos? Sí, hermanos carísimos, es indudable que todo el ingenio y la industria del hombre no habrían bastado para otra cosa más que para salvar las apariencias, no para salvar las almas; para llenar un deber en lo exterior, marcando á aquellos seres degradados con el sello de cristianos, enseñándoles alguna fórmula de religión, muy fácil de trocarse en práctica supersticiosa, mas no para transformar de veras una raza de caníbales en pueblo de hijos de Dios, imprimiendo antes en sus almas que en sus frentes el carácter de la verdadera civilización cristiana. Y esto intentaba realizar Claver, que otra cosa no podía satisfacer su corazón

de verdadero apóstol. Y esto lo consiguió, en efecto, y lo realizó mil veces; mas ¿por qué medio? ¡Ah! sólo por medio de la caridad. ¡Santa y divina virtud que, como lo describía el Apóstol¹, es paciente, benigna, industriosa, infatigable, capaz de dar cima á las mayores empresas y fecunda en prodigiosos resultados!

7. Mirad lo que hace la caridad personificada en un hombre como Pedro Claver. Al solo anuncio de la llegada de un armazón ó cargamento de esclavos, su corazón palpita de alegría, como el del avaro á la vista del codiciado tesoro; su semblante, ordinariamente marchito por la austeridad, rejuvenece, tornándose el de un ángel; corre, vuela al puerto, cargado de alimentos y regalos para sus queridos hijos; y, sin aguardar á que pisen las playas, él va á bordo de los navíos, los saluda con efusión de infinita ternura, los abraza y besa con amor de madre, cura á los enfermos, bautiza á los recién nacidos que peligran, se da á reconocer de todos aquellos infelices por padre, maestro y protector, y haciéndose desde aquel momento dueño de los corazones, ya es capaz de modelarlos á su arbitrio. La caridad, como veis, le ha dado el primer triunfo. Llegado el día del desembarque, cuando aquellas masas de hombres desesperados por salir de aquella especie de mazmorras donde vienen hacinados, sanos y enfermos, pudriéndose en la inmundicia, alcanzan á ver desde las entenas de las naos á su ángel tutelar que los aguarda en la playa, ¡cómo palmotean y se agitan dando á conocer que ha prendido en sus corazones la centella de caridad desprendida del corazón de Claver! ¡Qué júbilo experimenta el misionero al abrazar de nuevo, ya en tierra, á sus

¹ I Cor. 13, 4.

escuálidos hijos que espontáneamente se le vienen á los brazos, mirándole como á padre! Á todos cuantos podía prestaba socorro ó daba muestras de cariño, pero con un aire de fervor tan divino, que á los infieles ponía espanto, por lo desconocido, y á los fieles que comprendían el misterio, infundía devoción. Seguidle á los albergues donde va gozoso á instalar á su desvalida familia, para volver muy pronto á emprender, como en propia palestra, la magna obra de la catequización, en que ha de brillar, en toda su luz, la grandeza de su caridad. ¡Qué albergues, Dios mío! Por espaciosos que fuesen, ¡qué eran para aquella muchedumbre! Y en las naturales condiciones de aquella pobre raza, ¡cómo hallar aseo ni comodidad de ninguna especie, ni cosa tolerable á la menos exigente sensibilidad! Y aquellas lóbregas y malsanas habitaciones fueron para Claver su jardín de delicias por espacio de cuarenta años, siendo el teatro principal de sus hazañas evangélicas. Aquí era donde, en el patio de la casa, convertido en oratorio, armaba el altar, disponía en rededor los asientos, distribuía á todos, hombres y mujeres, con la separación conveniente, de manera que todos pudiesen verle y oírle, empuñando la vara que remataba en cruz, y llevándose la mano derecha á la frente para hacer sobre ella la señal del cristiano, repitiendo en alta y tierna voz la oración del persignado. Mas ¿quién podrá pintar el encendimiento del rostro, el centellear de los ojos, aquel fuego del Espíritu Santo en que se abrasaba su alma al tiempo de adoctrinar á aquellos párvulos enseñándoles á invocar á la augusta Trinidad? ¿Cómo no había de inflamar aquellas almas ateridas el ardor vivísimo en que él mismo se abrasaba? Y ¡cómo habían de hacerse largas las horas que en este ejercicio empleaba, aunque

fueran todas las del día, llegando á desfallecer el apostólico varón á fuerza de fatiga! Porque no había dar de mano á aquel laborioso ejercicio hasta no conseguir que todos los asistentes, uno por uno, supieran persignarse bien y con destreza. ¡Y eran centenares! ¡y de condición tan ruda, tan estúpida! Y no era sólo á persignarse, sino á rezar las demás oraciones comunes del cristiano, á lo que había de amaestrarles Claver, con el corto auxilio de unos pocos catequistas, y después á grabar en la memoria los misterios, los sacramentos, los mandamientos, todo el texto de la doctrina cristiana.... ¡Oh caridad de Cristo Jesús! y ¡cuánto puedes cuando llegas á enseñorearte de un corazón generoso y santamente apasionado! Todo lo consiguió nuestro Apóstol, pudiendo afirmar con San Pablo: *Omnia possum in eo qui me confortat*¹.

Mas no penséis que esto era todo, y que sólo hasta aquí llegaban los maravillosos esfuerzos de Claver. ¡Oh, no! que pasaban mucho más adelante, hasta rayar en lo increíble. Pues ¿qué más podía hacer ni desear? Oíd, fieles, y admirad la divina eficacia de la caridad. Llegaba hasta hacerles actuarse en la fe de cada misterio, y en la esperanza de los bienes eternos, y en la caridad de Dios, y en la contrición de los pecados cometidos en la vida gentilica, y en la detestación de la nativa idolatría y en el deseo de revestirse de la nueva librea del cristiano. No me admiraría ciertamente que hubiera logrado infundir en aquellas incultas almas sentimientos de miedo servil al fuego del infierno que les presentaba pintado con vivos colores, como destinado á los impenitentes y reacios para abrazar el bautismo; pero lo

¹ Phil. 4, 19.

que de veras me pasma y maravilla es ver á aquellos bárbaros conmovidos con las palabras y lágrimas del Padre, á vista de Jesús Crucificado, prorrumpiendo ellos también en agudos clamores y ayes de dolor capaces de enternecer á las piedras. Con que ¡así llegó á ablandar el pedernal de aquellos corazones! Y no sólo al dolor, sino al amor llegó á moverlos, haciéndoles concebir y pronunciar actos ternísimos de amor á Jesucristo, á decirle requiebros amorosos como los que tan bien sentaban en los labios del Santo: «¡Señor mío! ¡te quiero mucho, mucho!» Esto decían, y decíanlo de corazón, aquellos bozales recién salidos de los bosques africanos. ¡Pasmaos, cristianos oyentes! ¡pasmaos de los prodigios de la caridad!

Asistid, finalmente, cón el espíritu á aquella tierna y conmovedora ceremonia del bautismo administrado por mano de Claver á centenares de esclavos. Éstos saben bien el valor del sacramento que van á recibir. El misionero les decía en voz muy clara: «Ésta es el agua santa que, en virtud de la sangre de Cristo, lava el alma de toda culpa, y la deja más limpia que el sol...», y aquellos pobres negros le entendían maravillosamente, y deseaban adquirir la blancura de sus almas. Comprendían también las disposiciones necesarias para ser purificados en las aguas bautismales, porque su Apóstol le decía á cada uno: «Es necesario que te duelas de tus pecados y que renuncies al demonio y á sus obras. ¿No te dueles? ¿no renuncias? ¿no quieres el agua del bautismo?» Á la respuesta satisfactoria seguía la administración del sacramento regenerador. El santo padre, revestido de sobrepelliz y estola, iba derramando el agua saludable sobre aquellas cabezas, y luego estrechando amorosamente á los neófitos contra su seno.

Una vez bautizados, el Santo los miraba ya como á hijos de Dios, y quisiera meterlos á todos en sus entrañas. Ellos le correspondían dando alegres palmadas, besándole las manos y bendiciéndole en la regocijada jerigonza de su lengua. La caridad había triunfado del modo más espléndido.

8. Pero era preciso llevar adelante la obra de la santificación de aquellas gentes, lo cual entraba también en la misión que el cielo le había encomendado, en concepto del abnegado Claver. Otro se habría dado por satisfecho con haber puesto á aquellos pobrecillos en camino de salud por la enseñanza de los rudimentos de la religión y la recepción del santo bautismo: nuestro Apóstol quería perfeccionar todo lo más posible la obra comenzada, no sólo para que no se perdiese lo adquirido con tantos afanes, recayendo los neófitos en la superstición y los vicios, sino para acrecentar en ellos los frutos de santificación, haciéndoles practicar las virtudes de la vida cristiana. Y también esto lo consiguió admirablemente, oyentes míos; y no por otro medio ni otra industria que su ardiente caridad, aquella que no le consentía un momento de descanso, cuando habían cesado las faenas extraordinarias. Muchos de estos esclavos, á quienes puedo llamar dichosos por haber gozado del amor de Claver, vivían en casas de sus amos en la ciudad ó en sus inmediaciones; otros, que eran el mayor número, repartidos en las estancias ó haciendas del campo, donde de ordinario trabajaban en condiciones harto lastimosas que no entro á describir. Á unos y otros atendía la caridad del infatigable San Pedro. Su principal cuidado se refería al bien espiritual de sus protegidos, digo mejor, de sus hijos, sin descuidar por eso la salud y comodidad de sus cuerpos. Su celo no